



El fuego de la memoria

Dionisia Rodríguez. *Lugares de paso*
Renacimiento. Sevilla, 1999.
50 páginas, 1.200 pesetas.

POCO a poco la escritora Dionisia García (Fuente Alamos, Albacete) ha ido construyendo un mundo del que solo es posible hablar desde el poema capaz de avivar el fuego de la memoria. Ya en el primer poemario publicado en 1976 *El vaho de los espejos*, hasta este *Lugares de paso*, se repite una constante en su obra: la obsesión por el paso del tiempo. Ninguna otra poeta de su generación, la del sesenta, ha sabido desmenuzar con tanto detalle la escisión entre dos tiempos reflejada en la propia existencia. Estar aquí con la conciencia de que allí permanecen los mismos objetos que te rodean y sin embargo asumir la transformación cotidiana, correlato de pérdidas. La casa, la familia, la infancia, todo se revuelve en el poema y da como resultado un retrato con sabor a temporalidad: «Nuestros abrigos largos, la sonrisa / el gozo elemental de la existencia».

Hace unos años, cuando Dionisia publicó *Interludio* (1992) le confesaba a quien suscribe este artículo que la poesía es un fulgor y llega con las palabras y dura poco tiempo, pero siempre nos queda la duda de que no puedan volver nunca más. El poema nos ofrece una pausa en la que el tiempo está quieto, precisamente ese es el sentimiento transmitido en esta poesía que supera toda afectación personal, contra lo que puedan creer muchos. Coincido con la opinión de la es-

tudiosa de su obra Ana Cárceles cuando dice que «los poemas manifiestan el estado de conciencia de quien vive alerta y observa con placer que la vida es un ejercicio personal que puede ser objetivado en palabras reveladoras de la verdad del ser humano y de las circunstancias de su entorno vital». En efecto, el sujeto poético de estos treinta y dos poemas mira hacia atrás consciente del lugar donde está y no huye del pasado sino que sostiene la mirada hacia adelante para no eludir el dolor de la existencia. Toda pérdida conduce a la certeza de estar viva, el poema no sustrae de la muerte, nos recuerda Leopardi, el dolor es esa tristeza que queda cuando ha pasado la fiesta: «Muebles que dieron vida, / y ahora son vestigios, / como los anaqueles / blancos y despojados».

Lugares de paso son todos y el significado especial que adquiere cada lugar, cada espacio en el tiempo, se deposita en el poema y el mundo de los objetos cataliza una idea o pensamiento: «Insiste la mirada / en la contemplación, / queriendo hacer finito lo inefable». Pienso en la condición de mujer de Dionisia y en la aparente sencillez con la que transmite una escena de la infancia donde recupera su genealogía familiar: «Casi soñada la primera casa, / de añil y cal con zócalo, / con mujeres de halda protectora, / y la voz de mi abuela, / templada y cristalina. / Toda

el habla del mundo / en sus historias / de amores remotísimos». En el espejo de sus palabras podemos ver retratados los detalles aparentemente nimios de la existencia, y sin embargo, la fugacidad con la que se representan adquieren una verdad en la que te reconoces. No hay grandilocuencia, ni los temas tratados van más allá de las preocupaciones a la medida del hombre. Si con algo especula esta poesía es con el afán de llegar a lo hondo desde la sencillez, como queda dicho. El fallecido escritor murciano, Miguel Espinosa, gran amigo de Dionisia García le dedicó unas líneas. Decía que la diferencia entre un mal poema y un poema bueno estriba, precisamente, en la evidencia que el lector alcanza de la no arbitrariedad de las atribuciones. En estos tiempos muchos jóvenes poetas escriben como si fuesen ancianos dando lugar a personajes literarios o sujetos poéticos que hablan desde una ficción, no a partir de la trasmutación, como bien refleja Dionisia García. Ahora, que la juventud es un valor, vale la pena oír los serenos versos de alguien que sí conoce el enorme peso de la pérdida dando respuestas a quienes escriben el mismo libro. Para poseer una mirada distinta es necesario haber vivido de verdad.

Concha García